

- 4. febrero - 1918

7. febrero

EPISTOLARIO



20 cmj

R. 93079

ÁNGEL GANIVET



# EPISTOLARIO



MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL Y EXTRANJERA

LEONARDO WILLIAMS, EDITOR

LISTA, NÚM. 8

1904

*José Luliva*

ES PROPIEDAD  
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

PRÓLOGO



*Publico en este libro una parte de las cartas que me escribió mi inmortal y desventurado amigo Angel Ganiwet. Con las restantes que poseo podrán formarse aún ocho ó diez series como la presente.*

*Para formar este libro, no se ha hecho selección ninguna; sencillamente, se han sacado unas cuantas cartas del legajo en que se contienen todas, y sólo se ha dejado de imprimir la parte de ellas que, por referirse á sucesos familiares, no ofrece interés para el público.*

---

*En realidad este volumen no es más que una muestra de lo que será el Epistolario completo de Ganivet, obra incomparable, en la cual se contiene lo más íntimo y lo mejor del alma del grande hombre desconocido.*

*Bueno sería explicar al público algo de la vida de Ganivet. Me creo obligado á hacerlo, pero no en un prólogo, sino en un libro largo. Para satisfacer la necesidad que hay de prólogo en toda colección de cartas íntimas, copio á continuación unas cuartillas leídas por mí en el Ateneo de Madrid al comenzar la velada con que, en el curso actual, se conmemoró el aniversario de la muerte de Angel Ganivet.*

*Esas cuartillas dicen así:*

«Voy á contaros, en las menos palabras que pueda, una historia rara y maravillosa: la vida de un hombre bueno, de un hombre sabio, de un hombre humano, de un hombre libre. Vo-

ces más elocuentes que la mía loarán sus obras escritas, ensalzarán la grandeza de su pensamiento, reflejarán el aleteo de su inspiración y os dirán cómo si existe una España joven, robusta, pensadora, valiente y capaz de redimirse por los hechos y por las obras del espíritu, el alma de esa España debe identificarse con el alma de Ángel Ganivet, el filósofo, el poeta, el patriota, el inmortal.

Yo, señores, fui el amigo más íntimo de aquel grande hombre, y lo digo con la orgullosa humildad ó con la altiva modestia con que el pobre pegujalero de la Mancha, nuestro sabio amigo Sancho, cuando llegase á viejo y oyera hablar de su amo el caballero de los Leones, diría llenándosele la boca de amargura y de lágrimas los ojos:—¡Yo fui su escudero!...— Obligación de piedad fraternal cumplo hoy hablándoos tanto cuanto la emoción me lo permita de aquél que al llamarme hermano suyo, me concedió la más alta honra que de hombre alguno pienso recibir. Yo ví de cerca nacer su alma grandiosa, la ví ensancharse, crecer, tocar al cielo, perderse en la penumbra de lo desconocido, en aquella sombra de sombras que llamamos... no sé cómo, locura, insania, amencia, muerte.

Nueve años duró nuestra estrechísima convivencia, nuestra íntima comunión, que tengo la dicha de poder renovar á toda hora, pues casi siempre estuvimos separados por centenares de leguas, y nuestra comunicación fué epistolar, siendo las cartas que me escribió tan extensas, frecuentes y numerosas, que impresas formarían unos cuantos volúmenes, y reconstituirían á los ojos de los lectores el panorama de una existencia consagrada al recto pensar y al honrado sentir, de una existencia cuajada de bondad pura y compacta como tabla de mármol blanco, sin veta de egoísmo ni de bajeza. La noble biografía, mejor diré, psicografía que en sus páginas trazó Ganivet, escribiendo al hilo del pensar, con la libertad de quien habla á una tumba, es deber mío publicarla, y no esperéis que cometa la profanación de intentar resumir en cuatro desmayadas cuartillas lo que debe ser leído en toda su integridad y con devoto y silencioso recogimiento. Tampoco sería posible, ni oportuno siquiera, querer hacer pasar por este ambiente, en pocos minutos, nueve años de vida fecundísima á cuya intensidad ningún otro hombre de estos tiempos últimos ha llegado. Acerca de estos grandes espíritus, que en sus obras se han en-

---

tregado y ofrecido por completo á quien los leyere, como sucede con Miguel de Montaigne, con Ángel Ganivet..., y creo que con nadie más, no es factible escribir menos ni mejor de lo que escribieron ellos mismos, porque hombres de tan alto linaje y de tan gigantesca talla, sin querer, comunican su grandeza aun á los actos vulgares é íntimos de la vida y dan importancia y dignidad á cuanto palpan. Y así como, por ejemplo, en el divino poema homérico, Agamemnón, el augusto monarca despedaza una ternera sin perder ni un punto la nobleza mayestática de su continente, de igual modo, en ocasión memorable, alguien que nos oye y yo vimos á nuestro inmortal amigo, el autor del *Idearium español*, cortar, aderezar y guisar con sus propias manos la carne que había comprado para el almuerzo... y hacer esto, que no había hecho nunca hasta entonces, con la misma nobleza, gracia y aplomo con que ya en aquella época adobaba y componía la prosa castellana, por él llevada al extremo de la jugosidad y de la vibración. Es decir, que para él no había pequeñeces y nimiedades... ó el mundo entero era una nimiedad. Era un hombre completo, como el pan bueno y sano: con su harina y su salvado

y su acemite; todo era sustancioso en él, todo interesante.

Siendo así, bien se os alcanza lo difícil que es hacer en breves términos su biografía. Me contentaré, pues, con exponer desaliñadamente y sin orden lógico lo que se me vaya acordando para que tengáis de él una vaga idea.

Su figura y semblante... yo no sé cómo explicároslo. Sólo diré que la aventajada estatura, el imperio y prestancia del ademán, la gravedad benigna del gesto, la autoridad y proporción con que la cabeza, pequeña y bien redondeada, descollaba sobre los recios hombros y la absoluta naturalidad de todos sus andares, movimientos y posturas, imponían desde luego á quien le contemplaba por primera vez la firme convicción de que aquel hombre era un hombre único y señero, distinto y desligado en todo y por todo de los demás seres humanos: un eslabón roto de esta servil cadena que humanidad se llama: era más, mucho más que el vulgar *homo sapiens*, codeado y despreciado aquí y allá diariamente. Por eso alguien, haciéndose cargo de la extraña y profunda impresión que el mirar á Ganivet producía y de su calidad de tipo humano ó superhumano de transición, dijo que parecía un antropoide gi-

gantesco; y al decir eso daba á entender cómo era preciso colocarle más allá de los habituales linderos zoológicos: y yo tengo la evidencia de que si se le hubiese medido el cráneo, aquella caja huesosa tan bellamente modelada hubiera ofrecido un índice cefálico pasmoso, porque la desproporción que notaba quien le confundió con un antropoide era una desproporción inversa, determinada por un ángulo facial del mayor interés. No creo desvariar afirmando que era mi amigo un extraño ser, precursor de razas futuras, en las que, por virtud de no sé qué misteriosas selecciones, llegarán á condensarse calidades y partes meramente humanas con otras de tipos zoológicos más antiguos y más fuertes. Así, bajo la frente unida, alta y serena, apenas combada, brillaban en su cara los ojos, unos ojos de corriente alternativa que cuando se lanzaban sobre persona ó cosa digna de atención, la aprehendían llenos de ansia, como aprehenden los ojos del león la codiciada presa: y cuando vagaban distraídos parecían los ojos píos y llenos de ternura sobrehumana que naturaleza dió á los bueyes, fieles amigos del hombre.

Rompía la armónica serenidad del rostro una mandíbula inferior que avanzaba con in-

solente prognatismo, destacando hacia fuera los labios carnosos, de reposada comisura. Aquella quijada saliente que mucho tiempo llevó acusada aún con mayor energía por espesa sotabarba á la marinera, daba al óvalo del semblante un aire de testarudez y un aspecto de rebeldía que resultaban no muy simpáticos para la gente de poco más ó menos, pero que preocupaban á los hombres reflexivos y que arrebatában á las mujeres, reflexivas ó no. Sobre unos y otras sin querer y sin darse cuenta y sin hablar palabra, ejercía inexplicable é imperioso influjo, tal como debieron ejercerle todos los precusores y todos los Mesías. Se le escuchaba sin que él impusiera silencio, se le seguía ciegamente sin que ni sus palabras ni su gesto convidaran á ello. Cuando viajaba por España, en el tren le ocurrió muchas veces que le tomaran por viajante de comercio. El lo contaba riéndose de sí mismo, y añadía que no se explicaba por qué era esto. Y no se lo explicaba por innata modestia, pues lo que pasaba era que siendo él un hombre absolutamente natural y enteramente distinto de todos los demás de su tiempo y de su país, donde quiera que entrase ó estuviera, tren ó coche, posada ó calle, procedía con tal desembarazo é inde-

pendencia, que sus libres, alegres y sueltos modales contrastaban al punto con la hidalga é hipócrita tiesura y la necia afectación de que los españoles solemos dar muestras en cuanto nos hallamos unos en presencia de otros. Entraba y estaba en el tren *como un viajante*, porque entraba y estaba sin preocupación, sin la solemnidad propia de quien ejecuta un acto desusado, pues desusado es en los españoles de hoy el viajar, sino con toda sencillez y seguridad. Y así se hallaba en todas partes como en su casa, porque quizás el mundo entero no era demasiado ancho para casa suya: y mostrándose en él una cualidad de que presumo estará dotado el hombre más perfecto del porvenir, se adaptaba sin dificultad alguna á todos los climas y se encontraba tan á sus anchas en Sevilla en el mes de Julio como junto al círculo polar ártico en el mes de Diciembre. Y lo que le acontecía con los climas le acontecía con el ambiente físico y con la situación moral, es decir, que nada le cogía de sorpresa, y así en toda ocasión obraba como era prudente, reuniendo la sagacidad y cautela de Ulises al ímpetu y decisión de Aquiles, pues como el varón de Itaca peregrinó Ganivet por remotas naciones y en ellas habló sin dificultad sus idiomas, acep-

tó sin repugnancia sus costumbres y hasta reflejó en su rostro tan singular adaptabilidad, al punto de que en Amberes, según retrato que poseo, tenía el aspecto plácido y la traza bonachona y pachorruda de un celoso burgomaestre, y al trasladarse desde la pacífica y semiboba tierra de Flandes hasta la apartada y rebelde Finlandia, país de conjuración y de revuelta, adquirió su fisonomía no sé que expresión misteriosa, vaga y profética, ennobleciéndose y transfigurándose hasta llegar á una de las más espirituales bellezas que varón alguno haya alcanzado. Cuando vino á Madrid, de vuelta de Finlandia, en 1897, el cambio, mejor diré, el crecimiento de su personalidad había sido tan grande, que muchos no le reconocieron. Nada había ya en él de escoria humana. No andaba, ni hablaba, ni vivía como hombre. En la manera de responder, de fijarse, de marchar en una dirección, en la guisa y forma de reirse y de insinuarse advertíase ya (esto, claro está que lo notamos *a posteriori*) una completa disociación de su yo respecto del mundo entero y aun quizás respecto de sus propias sensaciones. El hombre había desaparecido, pero su alma proseguía lanzando en torno suyo los resplandores más vivos, como esos planetas tan

lejanos que su luz sigue llegando hasta nosotros y alumbrándonos y haciéndonos exultar de alegría muchos años después que ellos han muerto. ¡Oh, sí, muerto estaba ya entonces él, porque su cerebro que madrugaba para despertar á su pluma, ya tenía pensado y hecho el libro incomparable de *Los trabajos del Pío Cid*, y hasta tenía trazado su testamento en la tragedia mística *El escultor de su alma*: porque siempre tuvo y en repetidas ocasiones indicó, sin que yo; torpe y ciego de mí! le hiciera caso, el propósito de morirse CUANDO QUISIERA, y al personificarse él mismo en el conquistador Pío Cid, tuvo buen cuidado de tomar el nombre simbólico de ARIMI *el de la muerte misteriosa*, porque su pensamiento llevaba á su vida real lo menos tres años de ventaja; y ya en los últimos días de su existencia, cuando su verdadero yo andaba huyéndole, y la disociación, ¡caso terrible y cruel!, se convertía en enajenación completa, aprovechaba los pocos momentos que le quedaron de hallarse en posesión de sí mismo para escribir una página que cual depósito sagrado conservo, y en la que se ven, como á luz de relámpagos, los abismos del porvenir oscuro de la humanidad, en reducido Apocalipsis, á trechos confuso é indescifra-

ble, á ranchos lógico y claro con baconiana claridad.

Pero ya que he hablado de su rostro y figura mortal, debo deciros algo de su patria y padres, de su vida exterior y de sus hechos.

Nacido en Granada (1), ó como él decía, «espíritu destructor salido de las cuencas diluviales del Dauro», vano fuera que buscásemos antecedentes psicológicos ni etnográficos en relación con su nacimiento. El nombre de Ganivet, que en catalán, provenzal, valenciano y castellano de las Partidas significa *cuchillo*, nos dice su origen por la línea paterna: los ascendientes eran de la fortísima casta catalana-pirenáica, del lado de allá de los Pirineos.

Yo soy catalán candongo,  
ingerto en godo silingo...

me decía en unos preciosísimos versos que me escribió justificando las temporadas de pereza ó letargo en que *no hacía nada* más que dejar crecer su pensamiento. Pero la candonguería que él trataba de disculpar no era sino esa calma reflexiva y meditabunda que es la mejor cualidad de los hombres del Pirineo: el silen-

---

(1) En 1865.

cioso esperar del cazador de gamuzas, tan contrario al desenfreno y desmandado alboroto que hoy algunos, pocos por fortuna, piensan ser carácter de aquella gente. De la misma raza provenía la naturalidad de Ganivet, su llaneza y simplicidad infantil y una fogosidad interna que raras veces se manifestaba, pero que al romper hacia afuera les parecía extravagante á los hipócritas y á los novicios en el arte de respirar aire libre.

Por parte de la madre, nos encontramos con un apellido casi puramente granadino y de rancio abolengo, *Siles*, y con otro que trasciende á castellano ricohombre, *García de Lara*. Lo castellano que en Ganivet había era tanto y tan bueno, que lo mejor de Castilla, el alma calenturienta de los místicos y el ardiente espíritu de los conquistadores parece haber prolongado las raíces vivas de su tronco muerto al través de un terreno tan fértil y sustancioso como el suyo, y haber encarnado en aquel verbo el más castizo, sano, oreado y multiforme que se escribió en el siglo xix; porque tan español era, tan castellano de raza y de solar... que no pudo vivir en España, en esta España derrotada, desfigurada y contrahecha, y para mejor hablar y escribir su grandioso idioma, aprendió

con prodigiosa facilidad el griego, el latín, el sánscrito, el árabe, el francés, el inglés, el italiano, el alemán, el sueco y el ruso, como el gran señor que reúne piedras preciosas de todos colores y clases para estimar y avalorar en más los brillantes que adora, pule y acaricia: y para mejor amar á la patria sinventura, vivió lejos de ella, horro de sus miserias y pequeñeces cotidianas, comprendiendo que lo grandioso no es amable sino contemplado de lejos, é iniciando con sus viajes y peregrinaciones esa provechosa disciplina que todos los países siguen, menos el nuestro, de conocer lo de fuera para apreciar mejor lo de casa. Por eso Ganivet, como el ingenioso hidalgo manchego, era optimista en el camino y pesimista en la posada; concebía siempre las más risueñas esperanzas al marchar, venía lleno de venturosas ilusiones al volver, y sólo al hacer asiento y morar en la casa que veía próxima á desmoronarse, caía alguna vez en triste modorra, de la que muy luego se despabilaba, no vayáis á creer que encontrándolo todo bien como Pangloss, el optimista por egoísmo y cobardía, sino como... como él solo, por generosidad y anchura de ánimo, por ese contentamiento interior, por esa robusta alegría que

heredó de su ilustre paisano y maestro Fray Luis de Granada, á quien causaba tan grande regocijo el ver trabajar á una araña como el contemplar el concorde movimiento de todos los astros del sistema solar.

En fin, de la rama granadina, por el apellido Siles declarada, tuvo principalmente dos cosas: la gracia urbana y elegante en el decir, hija de la poética decadencia de los últimos árabes españoles, con cuyo refinamiento y pulidez apenas si podrían soñar los prosaicos decadentistas bulevarderos; y el amor al agua, amor que si en todo granadino es pasión desenfrenada, en Ganivet era entusiasmo reflexivo, pindárico.— Todo esto — solía pensar contemplando el panorama que ante los bermejos torreones de la Alhambra se extiende, — todo esto lo ha hecho el agua. El seguir las subterráneas venas de las escondidas fuentes y los ignorados cursos de los ríos pequeños, era, en su opinión, una de las ocupaciones más juiciosas y dignas en que debía emplearse el hombre. El sistema de riegos de Mecina-Bombarón, en la Alpujarra, le parecía cosa mucho más sólida é importante que todos los sistemas filosóficos, y contad que él los conocía todos. Cifrabá su felicidad en sentarse junto á *una fon-*

*tana pura*, como el otro Fray Luis, ya fuese la famosa fuente del Avellano, cuya sonora linfa cantará el nombre de Ganivet por los siglos de los siglos, ya fuese la *fuenta grande* de Alfacar, que él mismo, después de haber recorrido toda Europa, proclamaba *sin rival en el mundo*. Y para que hasta en sus inclinaciones inconscientes hubiera algo de predestinación misteriosa, él que amaba al agua más que ninguna otra cosa del mundo, en el agua murió, en el agua del caudaloso Duina, triste y helada.

Referiros interesantes pormenores de su vida, que duró sólo treinta y tres años, como la de Cristo, como la de Garcilaso de la Vega, sería no acabar nunca. Lo menos importante será lo que digan los biógrafos probablemente: que Ganivet fué abogado y doctor en Filosofía y Letras, habiendo sido calificado como sobresaliente en todos los exámenes y grados; que fué, por oposición, archivero bibliotecario, y después ingresó, con el número uno, en la carrera consular, desempeñando cargos primero en Amberes, después en Helsingfors, en Finlandia y, por último, en Riga, donde murió. Todo esto no importa gran cosa ni á él mismo le interesaba. Algo más curioso es el empeño

que tuvo en ser catedrático de griego. Memorable fueron aquellas oposiciones en que Ganivet, que había empleado unos cuantos días (á veinte no llegaron) en la preparación, tuvo que luchar con un buen hombre que se había aprendido de memoria la *Iliada*, la *Odisea* y casi todos los poetas griegos, en Barcelona, dedicando á esta faena ocho ó diez años con jornada de más de ocho horas y sin descanso dominical. Claro está que el barcelonés, persona respetabilísima por otra parte, fué quien se llevó la cátedra. Y Ganivet decía:—La verdad es que no sabe el favor que me ha hecho, porque ¿cómo será posible amar á Homero teniendo que analizarle y traducirle á diario en clase? Tanto valdría estar casado con la Venus de Milo.—Y luego añadía:—¿Qué cara pondría una mujer un poco lista y espiritual que después de haberse enamorado románticamente de un hombre, y en un momento de expansión y deliquio llegase á averiguar que el objeto de sus ansias era un señor profesor de lengua griega?..

Porque á él, del mundo lo que más le preocupaba, sin duda, eran las mujeres. No sé yo cómo entrar en esta parte, la más interesante de su vida íntima, pero tan recatada y misteriosa que hubo en ella un secreto, el úni-

co secreto que me celó á mí y que fué la principal causa de la tremenda crisis que le llevó á la tumba.

Pero, en fin, diré que de la humanidad, las mujeres era lo que le parecía digno de atención. Respecto de los hombres le desengañó por completo el trato con algunos ejemplares escogidos, ya con un famoso abogado y hombre político, en cuyo bufete estuvo oscurecido algunos meses (¡tal perspicacia poseía y posee ese distinguido exministro y remendón de fracciones políticas desgarradas!); ya otro político y filósofo más afamado aún, á quien la potente originalidad de Ganivet, manifestada en un trabajo escrito, perturbó y trastornó de tal manera que, siendo ese ilustre varón por naturaleza y por oficio templado y tolerante hasta la afectación más empalagosa, al confrontarse con mi amigo, vimos surgir en sus ojos llameantes no sé qué reflejos de las pupilas de Torquemada, cuyo resplandor aún no se ha apagado y se ve aparecer como fuego fatuo, ora en ojos del púlpito, ora en ojos del Congreso. Ni los apóstoles oficiales de la tolerancia, ni los ministriles de la política de callejuela podían entenderse con un hombre como Ganivet, en quien cada sensación de las que in-

advierten ó menosprecian esos señores provocaba series y mundos de ideas jamás concebidas y de raciocinios jamás coordinados. No era posible que hombres zambullidos en fangales viejos de convencionalismos seculares y amarrados de por vida á toda la mentirología politiquera, se aviniesen á conceder la beligerancia á un hombre natural como aquél que, después de una larga temporada madrileña de oficinismo, Ateneo, oposiciones é incumbencias de tejas abajo, total, de lucha estúpida, insalubre y mezquina, al llegar al campo una hermosa mañana de Abril, sintió tan formidable alegría repartírsele por todo el ser que, lanzando salvajes gritos, se arrojó de bruces contra la tierra madre ¡y comió hierba!

No eran, no, los hombres quienes habían de comprender y amar á un hombre tan hombre. Comprendíanle y amábanle y seguíanle las mujeres, con aquel instinto sublime con que otras mujeres de otros tiempos siguieron al Redentor y le acompañaron hasta al pie de la cruz. Sobre ellas ejercía la seducción involuntaria, la extraña sugestión que no se explica ni se define. Y apartando otros muchos casos que el respeto me veda referir, os contaré que una tarde, allá por los calvos desmontes que hay entre la

Plaza de Toros y el Este, se encontró á dos bellas mujeres que estaban solas comiendo naranjas y pan. Acercóseles y mirando gravemente á la que representaba más autoridad, aunque ambas eran jóvenes y de honesto parecer, la dijo:—Usted es de Granada.—La moza le miró fijamente, y dijo con un poco de asombro y sorpresa:—Sí, señor.—Y él, entonces, rápido, replicó:—Y de Loja.—Con lo que el pasmo de ambas creció, porque, en efecto, de Loja eran. Y las dos mujeres quedáronse largo rato embebecidas y aleladas mirándole y oyéndole, y aun cuando lo que las dijo era cosa enteramente metafísica y no menos alquitarada y espiritual que lo que le dijo á Platón Diótima, la forastera de Mantinea, ellas lo comprendieron todo, y cuando acabó de hablar, yo os aseguro que ambas estaban enamoradas de él. Cuando se despidió, bien á pesar de ellas, le preguntaron en que les había conocido el pueblo, y con sencillez socrática respondió:—Que era usted de Loja lo conocí en el acento con que me contestó:—Sí, señor...—Y que era de Granada, en la manera de partir el pan.

Otros casos de sugestión en mujeres de más alto linaje vienen referidos en la novela de *Los trabajos de Pío Cid*, en la que lo real se mezcla

tanto con lo imaginado, que yo mismo no puedo separar lo uno de lo otro. Y todos ellos se explican por el conocido hecho de que para buscar el filón puro é inagotable del amor humano, sólo sirven mineros y exploradores con faldas.

Pero si á los demás ó á las demás sugestionaba con tanta frecuencia, claro está que él mismo no se veía libre de la autosugestión, tan propia de los grandes artistas, como Flaubert, por no citar otros ejemplos, y así, cuando escribió su fundamental novela filosófico-política *La conquista del reino de Maya*, para la cual se preparó con larguísimos estudios africanófilos, llegando á aprender el dialecto *bantú* que hablan los negros del Uganda, del Unyamuezi y del Ugogo, decía que no sólo al conocer ese rudimento de lenguaje había logrado estrechar y comprimir sus ideas hasta meterlas en los cauces angostos del cerebro de un negro semi-salvaje, sino que pasó más de un mes en cama, víctima de todos los fenómenos que acompañan á esa enfermedad casi desconocida que los exploradores y los misioneros designan con el vago nombre de *fiebre africana*.

Noto que es hora de terminar este desmañado relato. Mucho siento que mi torpeza y la inexplicable angustia con que he escrito estas

cuartillas sean causa de que os hayáis quedado sin saber quien era Angel Ganivet. Por fortuna, yo os aseguro que lo mejor de su vida y de su alma está en sus obras impresas y en las que prometo solemnemente publicar cuando pase algún tiempo.

Dos días antes de morir, el 27 de Noviembre de 1898, cuando ya estaba lleno del propósito de la muerte, dejó en casa de su amigo, el barón Brück, noble sueco residente en Riga, un pliego dirigido á mí, que es un verdadero testamento, pues en él dice: «Por si esta declaración fuese necesaria, hago aquí el resumen de mis ideas y de mis deberes.» Lo que á estas solemnes palabras, que me helaron los huesos, sigue, no me atrevo á leerlo en público. Son cosas hondas, arcanos, adivinaciones y presentimientos en que solamente un cerebro miope verá súbito desvarío y no prosecución lógica de una idea que pasa las lindes de lo concebido, de un pensar que supera á los eunucos, inanes y mendicantes pensares ordinarios. Pero si de las seis proposiciones primeras, en que se muestra su cerebro luminoso con la acariciadora luz del sol que se pone, no quiero ni puedo leer nada, os leeré, para concluir, la séptima, en que aparece palpitante y sangrando su

---

corazón, el más honrado y generoso que he conocido. Dice nada más que esto: «No recuerdo haber hecho mal á nadie, ni siquiera en pensamiento; si hubiera hecho algún mal, pido perdón».

Yo os juro que esta es la verdad, y á mi vez os pido que me perdonéis, ya que habéis tenido la condescendencia de oirme».

F. NAVARRO Y LEDESMA.

Abril 1904.



# EPISTOLARIO



# I

18 Febrero 1893.

Cada día me va siendo más difícil concretar mis ideas y fijar mi pensamiento sobre un objeto determinado. Tenía idea del misticismo positivo ó efectivo de los místicos clasificados como tales, el cual consiste en una confusión de la personalidad con la idea general; hay en él anulación del sujeto como tal sujeto, pero no para desvanecerse, sino para exaltarse; lo que no conocía, y ahora he conocido, es un estado psicológico nuevo para mí, una especie de misticismo negativo producido por la repulsión espiritual contra la realidad. No se trata del nirvana ni de ninguna cosa por el estilo, sino de algo más sencillo y que se explica más fácilmente. El punto de partida, como en el misticismo religioso, es el desprecio del mundo sensible, el asco del espíritu por la materia; hablando en tono materialista, la incapacidad para asimilarse los elementos exteriores. En tal estado el espíri-

tu se va y lo que queda se convierte en objeto, porque lo que nos constituye en sujetos es la facultad de representarnos el mundo exterior. Cuando el pensamiento no puede fijarse en nada concreto, ni quiere obedecer las órdenes de la voluntad, es evidente que nos quedamos tan convertidos en cosa, como si fuéramos un espejo ó una planta. Pero en el misticismo positivo el espíritu conserva aún un centro fundamental de relaciones psíquicas; queda una función en vigor, la contemplación ó la intuición de lo infinito; y bien puede decirse que nada se pierde en el cambio, porque esta sola función abraza todas las ordinarias de la vida y ofrece de una vez lo que vanamente procuran las funciones particulares. En el misticismo de la segunda especie el espíritu que abandonó la realidad por demasiado baja no puede elevarse á la infinitud por demasiado alta y se queda vagabundo por los espacios, ni más ni menos que un cesante que pasea su hambre y sus esperanzas por los alrededores de su antigua oficina.

Lo más chocante es que mi estado tiene gran relación con el tuyo propio, que tú me representabas en el bicharraco japonés y me describías en tu última carta. El temor de perder las ideas es un signo mortal; no es que las ideas se van á perder, es que se va á escapar de nuestro dominio la inteligencia, que no podremos tener ideas cuando queramos porque la inteligencia no quiera fijarse en los objetos. Esta aversión es muy frecuente en los

tontos, porque en ellos la inteligencia no tiene posibilidad de apropiarse sinnúmero de cosas; es también un síntoma de la *abulia* ó debilitación de la voluntad, porque en este padecimiento la vida retrograda, no pudiendo vencer la pereza, que le impide continuar asimilándose elementos nuevos para renovar la vida al compás del tiempo.

En el fondo, muchos de los hombres nuevos son un poco *abúlicos*, con excepción de los que reciben instrucción compacta, sea en seminarios, sea en la compañía de la Institución libre, etc. La causa de la enfermedad es la falta de *atención*. La atención participa mucho de la voluntad y á su vez da el primer impulso para las posteriores funciones. Las gentes entre las que ahora estoy, tienen, quizás como su característica, más propia que otras muchas que señalan los partidarios de clasificar las razas y los tipos humanos, una facultad de atención, muy tarda y muy insistente. Se parecen al que pescaba las truchas con mazo. Tardan mucho en mover el aparato y por eso andan menos, pero con más seguridad. Aquí no se concibe un caso de *abulia*; no hace mucho he conocido á un señor de setenta y cinco años comenzando á aprender inglés y puede asegurarse que si vive aun cinco ó seis años lo aprenderá. En los pueblos meridionales la rapidez de percepción exige que ésta sea muy poco profunda; si además la educación aumenta esta flaqueza y la manía de vivir de prisa hace que la atención recaiga en muchas cosas á

la vez y á esto se agrega la debilidad orgánica producida por los excesos, cátrate un *abúlico*, que si no figura en los anales clínicos como caso típico, figura en el mundo como caso corriente y frecuente.

Para que el cuadro resulte completo debo indicarte después de la enfermedad y de sus causas, sus remedios; este es el sistema admitido entre los sociólogos y psicólogos al uso, y yo no quiero reformarlo. Son muchos los recursos que la clínica espiritual puede poner en juego para el caso, todos de mi invención, puesto que ninguno de los autores que he leído dice palabra sobre este punto. Pero entre los diversos remedios sólo te voy á hablar de uno ya probado por mí y en virtud del cual me encuentro hoy en estado de *sujeto*, según verás, aunque algo turbio, por la presente. Cuando yo era, no pequeñito, sino escolar, padecía, en medio de mi seriedad ordinaria é *impropia de mis años*, fuertes ataques de risa más ó menos sardónica, producidos por la influencia del principio de autoridad. Ver al maestro con sus disciplinas en ristre ó al catedrático explicando desde su elevado sitial y soltar yo á reir por dentro ó por fuera, constituía mi debilidad, que pagué bien cara en ocasiones; porque los correctivos me producían risa más fuerte aún y recuerdo que en cierta ocasión me propinaron tan desaforada tanda de disciplinazos, que riendo como un loco tuve que escaparme de la escuela.

Este defecto me duró hasta que tuve una feliz ocurrencia, inspirada por el temor de que me sobreviniese algún serio percance. Decidí que en el momento mismo en que se presentara el ataque de risa, debía acordarme de todos los muertos de mi familia, especialmente de mi padre, y en efecto, asociados por ley psicológica estos dos fenómenos, en lo sucesivo, apenas se me iniciaba la risa, se me presentaba para contenerla una lúgubre y enmarañada escena mortuoria que servía de contrapeso más que suficiente y mi enfermedad quedó curada de una manera radical.

De un modo semejante he procedido en el caso presente. Se trata también de una asociación de ideas; en prevención de que se presente ese estado de repugnancia intelectual que imposibilita para concentrar el pensamiento en un objeto dado, hay que tener un asunto favorito que tenga la virtud de interesarnos profundamente y que nosotros por haberlo manoseado mucho lo tengamos en relación con los demás; acudir á este asunto es tan práctico como meter de nuevo en los rails al tranvía descarrilado. En esto puede haber también mucho de caprichoso como lo era la costumbre de Stendhal de leer una página del código antes de ponerse á escribir. El remedio este que es solo de ocasión tiene una aplicación mas general y que tú, sin saber, y con resultados excelentes, según has de notar bien pronto, estás practicando. Hay que dejar de lado por algún tiempo las pequeñeces y en-

golfarse muy de lleno en la lectura de un autor grande. Estos días he repasado yo varios pasajes de la Iliada y continuaría si no me hubiese metido ya en la traducción de la obra alemana de que te hablé (me ha costado cinco francos) y á la que dedico tres horas diarias. Tu debes continuar con el P. Granada; si lo deseas haré que te envíen el «Libro de la oración y meditación» que es un manual de oro macizo; aunque con «La Introducción al símbolo» hay para criar sangre nueva en cantidad suficiente para matar todo el virus que con estos últimos beienes se te ha entrado en el torrente circulatorio.

Sólo admitiendo la existencia del tal virus puedo explicarme que califiques de bobada lo que dije en mi carta anterior sobre el conocimiento práctico de la vida. Lo de que la letra entra con sangre es un disparate, y lo que yo digo es que la letra entra con letra, esto es, que cada cosa se debe desarrollar por medio de su propia función, y la vida, por tanto, viviendo. El conocimiento teórico general se adquiere con la inteligencia, pero el conocimiento mundano se adquiere con las costillas, en el sentido alegórico de la palabra. Vaya un ejemplo: Yo creía que esta gente de acá era ordinaria y grosera; pero lo creía como creo que en Noruega hace más frío que aquí; no lo sentía como lo siento ahora después de haber topado con algunos tipos indígenas y de haber notado detalles como estos: que los transeuntes se com-

placen en atravesarse en la acera para hacerte salir de ella; que los chicos se entretienen, cuando pasa una persona distinguida, principalmente una señora, en tirarse ruidosos cuescos; que las innumerables fanfares no saben tocar más que una pieza, y ésta mal, etc., etc.

También había oído decir que eran ladrones, pero no podía decir como hoy digo que son los más ladrones de la Europa que yo conozco. Porque he visto que si voy á comprar una cosa anunciada á un precio y pueden esconder la etiqueta, me exigen el doble y me hacen ver que estaba equivocado; que si mando comprar una cosa me ponen el doble, á sabiendas de que yo estoy enterado, y sin vergüenza de que se descubra el abuso. El pan, por ejemplo, está aquí desde 15 céntimos á 30 el kilo, porque no paga derecho de aduana ni el trigo ni la harina. El precio ordinario es de 20 á 24 céntimos, según la clase. Pues bien, á mí me lo compraban los de la otra casa, de «La Cooperativa», á cosa de 16 ó 18 céntimos, y me lo ponían á 32, esto es, el doble; y así en todo. Y ahora resulta que los anteriores eran *considerados* al lado de los actuales y de los que puedan venir. En suma, el mismo jefe del Gobierno, Mr. Bernaert, ha dicho en la Cámara: «¡es que los belgas somos tan amigos del fraude!»; y se ha reído todo el mundo de la franqueza, porque en efecto, este es un país de ladrones, pero de ladrones que no se avergüenzan de serlo.

Dejemos á un lado todas estas cuestiones, y voy á aprovechar el espacio que me queda para darte noticias.—Las que tengo de mi casa son satisfactorias y todo marcha bien, aunque los negocios andan fuera de quicio y se temen escandaleras, porque el trigo ha subido hasta 67 reales y el pan está muy caro. Debo decirte que en Granada pelean mucho por el pan, que el grito de *¡pan á ocho!* ha sido el de las principales revoluciones.— Otra noticia es que noto una gran mejoría en ti siempre que te vas al campo y que, según mi opinión, debías trasladarte á él de asiento, si los *deberes* del cargo te lo permiten.—Ya está acordada la celebración en el año próximo de una Exposición universal en Amberes; se pretende hacer una segunda edición de Chicago, atrayendo á los expositores que hayan concurrido á ésta, y á quienes se ofrece ocasión de repetir, con poco gasto. — El tiempo primaveral, hasta el punto de que se puede pasear de noche para tomar el fresco; pero esperamos la vuelta de las tornas.—Mis relaciones con el jefe, medianejas; he decidido no aceptar más convites suyos ni de nadie, y atenerme al reglamento para todos los asuntos de oficina; el motivo es que yo no sirvo para tolerar intervenciones inquisitoriales en mis asuntos, y ya te dije que el jefe bajo capa de amistad, se metía hasta en leer lo que yo escribía, y aún de las cartas que me envían al consulado he recibido, no sé por qué, varias abiertas. Además padece de una *amnesia* total; hoy

dice que no te apresures y que vengas á las once, y al día siguiente va á buscarte á casa á las diez y media para ver por qué no has ido. Hoy te dice que no se enviará tal despacho hasta 1.º de mes para que vayan *escalonados*, y mañana te llama negligente porque no lo enviaste. Y por su parte la suegra ha llegado hasta á disponer que no se fume en la oficina porque la molesta el humo. Excuso decirte que yo he echado los pies por alto, que he cortado comunicaciones y que me atengo á la ley y nada más, haciendo dentro de ésta lo que me da la gana. El jefe no encuentra extrañas estas cosas, porque él las ha soportado en su calidad de aspirante á la bella mano de la hija de su jefe; pero yo no me voy á casar con nadie, ni quiero suegras antes de tiempo. — Hoy es el último baile de Carnaval; aquí no salen las máscaras á la calle, porque en estos últimos años abusaron demasiado; en vez de embromar al respetable público, se dedicaban á arrojarle patatas y otros proyectiles, y la barbarie se hizo intolerable. Quedan sólo los bailes, famosos en toda Bélgica, en los que se dan cita todas las gorrionas del país para hartarse de champagne á costa de los tunantuelos conquistadores. Cuadros de prostitución y socaliñas; bailar no se puede, ni andar siquiera. Entrada, cinco francos. Robo obligatorio. Propinas de un franco para arriba.

## II

10 Mayo 1893.

Esta semana pasada ha sido de labor, habiéndome cabido la honra de redactar un trabajo estadístico para enviarlo á la Comisión de Convenios de Comercio. Se pedían unos datos que no existían, y por no decir que no, se me ocurrió emplear un sistema matemático, y deducir de lo conocido lo desconocido mediante fuertes dosis de lógica y de ungüento económico. El trabajo ha parecido muy bien, y sólo ante los hechos consumados he podido convencer á esta gente de que la cosa iba á derechas, pues sólo á regañadientes habían tolerado que se enviara, creyendo que era una guasa mía. Porque debo advertirte que se tiene buena idea de mi aptitud, pero mala de mi seriedad, y que mi jefe, acostumbrado á estornudar treinta veces antes de coger la pluma, no comprende la irrespetuosidad con que yo trato estos asuntos, y me cree un atolondrado *blagueur*.

Otro asunto que me cayó por banda fué una visita á un español, que, procedente del Congo, había ingresado en el Hospital y deseaba antes de morirse hablar con algún semejante que le entendiese. Resultó que el tal individuo no era español, sino nicaragüense, de Matagalpa, aunque en los casos de apuro toda esta tropa llama á Mamá, como si todo eso de las nacionalidades modernas fuera una broma y estuviéramos en el siglo XVIII. Cualquiera poeta de segundo orden podía componer un poema con la conversación que me tuvo el desventurado matagalpés; un infeliz que por ser bueno, según me dijo, se había visto burlado por su mujer, á la que tuvo que abandonar con tres chiquitines, y obligado á buscar el pedazo de pan por todo el mundo, dejando un pedazo de pellejo en cada uno de los infinitos Panamás que explotan por todas partes los negreros de la civilización. La última aventura le ha pasado en el Congo, y después de exprimir allá las últimas gotas de sustancia, ha sido remitido para reposición á la *metrópoli comercial de Bélgica*, á la que llegó atacado por la fiebre amarilla y convertido en esqueleto de ocre. Por cierto que murió á los dos días de llegar, y que ha dado origen á ciertos rumores, pues creía el público que se trataba de un colérico.

Al mismo tiempo que esto ocurría eran recibidos con gran pompa en Bruselas y Amberes algunos de los héroes que están realizando la conquista del Congo, y esta misma noche hay banquete para

festejar á estos señores, que serán todo lo héroes que se quiera, pero que han tenido la desgracia de nacer en una época en que el heroísmo anda de capa caída, por lo menos el heroísmo que hoy se gasta, prostituído hasta el extremo de buscar, no la realización de grandes ideales, sino el *ascenso rápido en la escala respectiva*. Por ascender en cuatro años y no en veinte hay muchos subtenientes que se van al Congo á entregarla y los que vuelven se dan tono de haber contribuído á una obra civilizadora. En el fondo no hay tal obra ni tal civilizadora, y sí sólo una empresa comercial en grande, encubierta con rótulos filantrópicos, que incitan á los hombres de buena fe á coadyuvar á lo que, si viesen lo que hay en el fondo, no coadyuvarían. Lo que suelen hacer hoy los europeos en muchos puntos de Africa es destruir la obra de los árabes, los únicos que, aunque sea empleando la esclavitud, tienen condiciones para mejorar esos pueblos retrasados. ¿Qué necesidad hay de forzar la máquina, de hacer grandes transplantaciones humanas á climas tan duros, de ocasionar tantas atrocidades, de sacrificar tantos infelices para hacer dichosos á los negros salvajes? Cualquiera que piense, no ya con la cabeza, sino con los calzoncillos, comprende que no se trata de la felicidad de la raza negra, ni del progreso, ni de nada por el estilo; se trata de un negocio en grande escala, en que el buen Leopoldo tiene metidos buenos millones, que dará excelentes resultados si, como es

de esperar, no se acaba la raza de los héroes de relumbrón, que buscan la muerte ó el ascenso, y de los héroes oscuros, como el de Matagalpa, que buscan la muerte ó un pedazo de pan.

Ya que he nombrado á Leopoldo te diré, recordando una pregunta de tu carta anterior, algo que te lo dé á conocer.

Quando los belgas, cansados de sufrir el yugo español, austriaco, francés y holandés, se resolvieron á ser nación, y lo consiguieron con el apoyo de Francia y Alemania, que se complacía en colocar tangañillos en medio para atenuar el choque que había de venir, y sobre todo con el apoyo de Inglaterra, *que no permite* que haya en litoral vecino á su casa ninguna nación decente, los delegados congresistas salieron en busca de un rey constitucional, y como era de ene se encaminaron al más excelente criadero de ellos que se conoce en Europa, al Palacio de Sajonia-Coburgo-Gotha, donde encontraron á Leopoldo I, que en prevención de los acontecimientos había preparado un *speech* que hoy leemos en mármoles y bronces: «Los destinos humanos no ofrecen á un príncipe misión más noble que la de contribuir á la libertad é independencia de un pueblo.» Los delegados se estremecieron de gusto y estuvieron á dos dedos de gritar el consabido eureka, pero se contuvieron por prudencia. El resultado, sin embargo, fué el mismo, pues Leopoldo vino y fué rey, y con sólo dejar hacer se hizo él feliz y los hizo felices á todos.

Bien es verdad que entonces había un ministro Rogier que sabía gobernar, y que llevó á cabo obras de tanto empuje en el orden material, que dieron á Bélgica una considerable delantera de la que aún se aprovechan. Nada más sencillo que establecer una red de ferrocarriles baratos, y, sin embargo por este medio se atrajo Bélgica casi todo el comercio de tránsito de Europa, que se sostiene aún por rutina, aunque otras naciones hayan tardíamente emprendido la competencia. Amberes le debe casi todo lo que es; por todas partes se notan los efectos de la restauración del gran ministro; pero su época es por arte de birlibirloque el reinado de Leopoldo I; sobre éste llueven estatuas, y éste se lleva, porque en ello hay un interés dinástico, permanente, los honores que son debidos al *otro*. Con el tinglado tan bien dispuesto, poco ha tenido que hacer Leopoldo II para ir saliendo del paso. Es un hombre que ha estudiado poco y ha viajado mucho; tiene una gran memoria de las personas y poca ó ninguna de las ideas. Muchos palacios, muchos cotos, buena mesa y buenas chicas, inglesas especialmente. Lo demás le importa un rábano. *La música no le incomoda*, según una frase salida de sus labios augustos, que revela los puntos artísticos que calza el sobrino de Maximiliano de Méjico y de la loca Carlota, y padre de la afligida Estefanía, la viuda del suicida príncipe Rodolfo. Entre los belgas, su presencia produce entusiasmo; pero cuando se marcha, la plebe habla mal de

él, y la gente de buen sentido le acepta con la misma benevolencia con que se acepta una cataplasma para resolver un molesto flemón.

Con esto y con lo que te tengo dicho sobre los partidos y clases de la sociedad, creo que te sobra para saber al dedillo toda Bélgica y su anejo del Congo. Ahora voy á tu carta.

Veo con verdadero sentimiento que cada día se te va acentuando más el misantropismo, si así puede decirse, y contra él hay que acudir á tiempo. Ya que te precias de hacer las cosas sin amargor de boca, es preciso que renuncies á ese dejo depreciativo contra todo bicho viviente, que aunque esté muy justificado, no es provechoso. Por el camino que tú llevas, no hay más que un término lógico, que es la profesión en alguna orden regular, y entre ellas la de los benedictinos con preferencia. Aunque el desprecio ande por dentro, por fuera hay que demostrar que se va á gusto en el machito. No conviene ensuciar el agua «que hay que venir á beber», según el profundo cantar popular. El sentido práctico, de que tú hablas, consiste precisamente en esa doble naturaleza, especie de balancín, cuyos dos brazos mantienen el equilibrio: por un lado el optimismo bonachón nos permite marchar en filas con el fusil al hombro y la cara sonriente de quinto recién traído de la dehesa; de este modo llegamos, como todo el mundo, á cualquier parte, y evitamos quedar rezagados y que nos atropellen ó nos echen en los carros que

van á la cola; por otro, el pesimismo templa los ardores que á veces despiertan los pequeños éxitos. é impide que, enorgullecidos porque en un primer encuentro, sin saber por qué, hicimos algo bueno y nos dieron una medalleja, vayamos en refriega más seria á ponernos delante de los cañones para ser carne de ídem. Si yo fuera alemán, emplearía una metáfora trascendental para explicarte esto, diciendo que, en suma, hay que tener dos movimientos como el planeta en que vivimos: uno de rotación, que sirve para conservar el calor, y otro de traslación, para perderlo. Los astros que no tienen movimiento rotativo y sí de traslación, son astros muertos como los cometas; y los que no tienen movimiento de traslación como el sol, son perpetuamente ascuas. Las relaciones sociales, dígame lo que se quiera, son un gran medio de ventilar y de refrescar el espíritu, y esto lo dice uno que por vivir demasiado á solas anda á estas horas requemado física y moralmente. A esto me vas á contestar que ventilación no te falta, sobre todo ahora que con tu potro te dedicas á caballear por los caminos toledanos, que ojalá no midas nunca con tus costillas.

Cuando yo estudiaba Retórica, emprendí la lectura de Lope en la Colección Rivadeneyra, y me quedé á la mitad ó cosa así. Todavía rueda por mi casa un cuaderno de apuntes que tomé. Por un lado apuntes de Lope, y por el otro apuntes de historia. Lo más curioso es que yo hacía el trabajo con la mala intención de dedicarme á crítico en

un periódico local y buscar la filiación de las obras que cayeran bajo mis garras. Conociendo el teatro antiguo, pensé que no habría quien me metiera mano. Después se me olvidó el propósito, y hoy ya apenas me acuerdo de lo que leí. Uno de los trabajos más difíciles para mis entendederas es hacerme cargo de las obras teatrales leyéndolas, y en Lope la dificultad es mayor, porque la acción peca por exceso, y sin ella la letra resulta algo muerta. Después que por un par de pesetas le han dado á uno *hechas* las mejores obras clásicas, se necesita heroísmo para leer y *hacer* uno mismo las demás. Yo creo que me moriré sin poner mano nuevamente en esas caballerías.

No pude decirte en mi anterior lo que opino sobre Renán. No estoy conforme contigo, sin duda, porque yo no he leído las obras que tú conoces, que son chispazos sueltos del pensamiento de Renán, y tú no conoces «La Historia del pueblo de Israel» y los «Orígenes del Cristianismo», que yo he acabado de leer (11 vol.), que constituyen la obra completa del autor. En ellas el pensamiento es clarísimo y uno, aunque se nota que, conforme pasa el tiempo, hay mayor desembarazo para expresarlo. La parte más floja es la *Vida de Jesús*, en la que ha querido mezclar al elemento histórico algunos motivos sentimentales de púlpito, que, á mi juicio, no pegan.

El defecto capital de la obra entera es el de obedecer á cierto espíritu de disidencia que no quiere

romper en absoluto ó no puede romper con el núcleo de origen. De donde resulta que cuando el autor *duerme*, la obra no es, como pretende ser, una historia crítica racionalista de la religión, sino una explicación racionalista de temas teológicos y dogmas. Valiera más callarse por completo y escribir sólo con arreglo á los datos ó fuentes puramente históricas, aunque el trabajo resultase incompleto, que acudir á las mismas fuentes eclesiásticas para aplicarles un sentido racional, que no pasa de la superficie y que produce el mismo efecto que si se forrase con piel humana una estatua para darle mayor valor artístico. Yo soy más radical que Renán en este punto, y llego á un término opuesto. Se puede negar todo valor positivo á la religión y protestar contra sus ingerencias prácticas, pero admitir íntegro su sentido ideal y no retocarlo con pinceladas críticas. No hay necesidad de términos medios. Júpiter y Venus tienen una significación ideal, y acaso, si hubiera medios de comprobación, se demostrara que fueron en su origen un jefe de tribu y una prostituta primitiva; pero si el tiempo se ha encargado de transformarlos en dos figuras interesantes, no hay para qué remover el pasado. Sin ser pagano se puede desear una Venus más perfecta que la clásica, y sin ser cristiano se puede aspirar á un Jesús más divino que el que ha formado la tradición. El trabajo noble sería el de elevar, y el estúpido es el de satisfacer la vanidad personal, destruyendo lo que no debiera tocarse. Los

sectarios chillan contra la ignorancia que cierra los ojos á la verdad; pero si no hubiera ignorancia y nos quedáramos todos con la verdad solo, ¡valiente *juerga* nos esperaba! Yo estoy, pues, en contra de Renán y su escuela, y me tomo la libertad de colocarme en esta interesante oposición, porque yo creo que las razones que antes expongo valen más que las que le sirven á Renán para intentar destruir lo que diez y nueve siglos se han encargado de ir componiendo con bastantes penas y fatigas. Por lo demás, yo le concedo más mérito que tú: creo que sabe bastante de lenguas clásicas para estar al corriente de los trabajos pacienzudos de la escuela alemana que le sirven de base; anda bastante bien de materiales históricos y escribe con precisión, salvo alguna que otra tonada patética. Hace unos días leí una frase de un escritor ruso, relativa á Taine, y en la que compara á éste con un perro que tuviera toda la traza de cazador, pero al que faltara... la nariz; pues bien: siguiendo el ejemplo, Renán es un gran cazador, provisto de todo cuanto puede necesitar, hasta de una docena de perros si se quiere, pero que sale al campo y tiene la desgracia de disparar contra el guarda. Por eso su obra mejor es la *Historia del pueblo de Israel*, en la que casi se limita á apuntar.

Una vez que he terminado la lectura de Renán, voy á dedicarme por completo á la traducción alemana de que te hablé. Cuando la haga y lea varias novelas que puedo sacar de la Biblioteca popular,

si, como espero, me dan otra licencia, te diré cosas interesantes sobre la novela alemana. De los libros que tú me citas, conozco tres, y los demás de nombre. No sé si los tendrán aquí, pues andan bastante mal de libros alemanes. Sólo en la *Popular* tienen algunas novelas.

No hay nada más interesante que el estudio comparativo de la novela alemana y la francesa; si lo hiciera un habitante de la luna, por él llegaría á conocer perfectísimamente ambas naciones. Todo lo alemán (hablo de este siglo) es pesado, macizo, repleto de ideas, de tendencias, de filosofía y aun de metafísica; lo francés es casi volátil y sin consistencia, y las tendencias son á exagerar los unos y los otros. Hay novelas alemanas que parecen tratados de economía política, y el arte supremo en Francia es hoy no enseñar nada. Odio á la pedagogía artística ó al arte pedagógico. Así se comprende que mientras en cada calle de París hay un hombre con más talento que Caprivi, éste se basta para reventar á todos los franceses. A pesar de la paliza del 70-71, los franceses siguen haciendo *esprit* y los alemanes armándose con la pesada maza como el testarudo pescador de truchas. Aplícate el cuento, pues así como Francia con todo su espíritu no podrá parar el golpe premeditado y brutal de la gente del Norte, cuando llegue el día de la guerra (¡sálvese el que pueda! Parece que estoy contagiado por Caprivi antes de disolver el Reichstg), así tú si sigues haciendo ascos á todos y viviendo en plena

---

orgia psicológica, te verás un día aplastado por cualquier Pérez y Díaz empollador, y aun si se quiere, por cualquier entrometido Gutiérrez.

Chico, me duele ya el brazo, como es natural que me duela después de la larga tirada escrita, y me retiro por el foro. Todo sigue igual en este emporio y en Bruselas, donde me aburrí ayer unas cuantas horas.

### III

25 Mayo 1893.

Estamos en plena feria y tengo la cabeza destrozada de oír día y noche los organillos que están casi enfrente de mi casa. Esta feria de aquí es como todas, aunque tiene algunos rasgos característicos de la raza, que decía Taine, cuyas obras estoy leyendo de cabo á rabo, con bastante más satisfacción que las de Renán. Este, con ser contemporáneo, parece haber escrito un siglo antes que aquél; aunque quizás esta impresión se produzca por la diferencia de temple de ambos escritores: Renán es francés y Taine inglés, el uno está cargado de prejuicios, de presunción y de *morgue*, como todos los franceses, y el otro ve mucho más claro y piensa con mucho más sentido común y si propende á lo sistemático es á lo sistemático inglés, frío, duro y hasta apelmazado y cargante, no á lo sistemático francés ampuloso y relumbrante, generalizador y sintético al estilo de Castelar. Pero volviendo á la feria te diré que, los detalles que carac-

terizan en ella la raza flamenca, su pesadez y su brutalidad son de lo más expresivo que puedas imaginarte. A primera vista no ves más que muchas tiendas de quincallería indecente, muchas vistas, galerías, museos y teatruchos y mil tendajos ó pabellones donde se ocultan los monstruos, los adivinos y las adivinas, el hércules y la mujer-pájaro y mil sandeces por este orden, y de vez en cuando un tío vivo ó una montaña rusa ó un restaurant, todo ello á lo largo del boulevard, desde el palacio de Justicia hasta la estación del Sur.

Pero lo brutal empieza cuando consideras que todo este tinglado dura cuarenta días con sus noches, tiempo que se considera indispensable para que el público se canse. Así mismo los restaurants aparentes son en realidad comederos de *papas fritas* con un poco de sal por único *agrément*; los orgánicos son de vapor, de suerte que arrancan por la mañana y no paran hasta bien entrada la noche, con lo cual se vuelve uno loco, sin poderlo remediar. Mientras dura la feria, ella es el centro ó mercado de las *cocottes* de todos precios y puede uno convertirse en Tenorio por muy poco dinero; es también el centro de los rurales, cuyo aspecto revela la inutilidad de los caminos de hierro. Los caminos de hierro, con sus trenes movidos por la electricidad, como se proyecta ahora uno entre Bruselas y Amberes, servirán para abaratar las mercancías, pero no para pulimentar á los hombres; porque ahora mismo estoy yo viendo que de

muchos pueblos distantes cinco ó diez minutos de tren de Amberes, vienen gentes tan brutalmente desafortunadas como nuestros más acreditados paletos. No importa que vengan á diario á la ciudad á sus negocios ó quehaceres y que la conozcan al dedillo; llega un día de fiesta, se ponen sus mejores trapos y llegan tan brutos y tan ridículos, como si aparecieran por primera vez á la *luz de la civilización*. Esto te confirmará lo que yo te he dicho mil veces; lo importante no es conocer, sino *pasar, sufrir, vivir* (ó como quiera decirse) para saber á qué atenerse. Hasta que uno entre dentro de las cosas ó las cosas entren dentro de uno, no se puede decir que se las conoce, aunque hayan pasado mil veces por el entendimiento. El baturro que viene todos los días á Madrid, sigue siendo baturro; pero el baturro que se establece en Madrid, al poco tiempo es madrileño. Y es que el conocimiento simple es sólo la primera materia amorfa de la que el sentimiento compone después cosas diferentes. En una de las rachas filosóficas que me suelen dar, creo que te dije que el sentimiento como facultad no existía, aunque lo personalizemos algunas veces. Realmente lo único que hay ó que *es*, es la voluntad, la fuerza creadora cuya primera materia es el conocimiento y cuyo impulso es el sentimiento ó lo que llamamos tal. Con esto (que parece una perogrullada), se quiere decir que el conocimiento á solas no es nada ó no es nada bueno ni malo, y que conforme el hombre va perdiendo el

impulso ó sentimiento y va quedándose solo con noticias intelectuales que no le interesan (ó sea conforme se va volviendo escéptico) va al mismo tiempo anulándose para toda obra y llega á quedar como molino parado: el trigo en la tolva y el motor dispuesto á dar vueltas; pero el agua que ha de moverlo no viene. Comprenderás que no siga por este camino, pues para desenvolver este tema de psicología patológica no tengo tiempo ni espacio, y volvamos á la feria. El *clou* de este año ha venido, como viene casi siempre, de París. Ya habrás oído hablar de la danza serpentina, invención de Loïe Fuller de las *folies Bergère* de París. Yo he visto la danza en inglés, francés y belga, pues hay numerosas artistas de todos los puntos del globo que se dedican á explotar la idea genial de la *primera serpentina*. Pero no creo haber visto más que una grosera imitación de la auténtica, aunque bastante para decirte que se trata de algo artístico, de algo que debió representarse en Grecia, aunque nada digan las crónicas. El pensamiento es sencillo y consiste en envolverse la artista en una larguísima y amplísima túnica, en alargarse los brazos merced á dos muletas de torero y en colocarse bajo la acción de un foco eléctrico de luz cambiante. Con esto ya no falta más que mover el cuerpo hábilmente para que bien pronto aparezca la cantante al desnudo y envuelta por una larga serpiente enroscada, que ora baja hasta los talones cubriéndola por completo, ora sube, sube hasta más

arriba del ombligo, descubriendo artísticamente la forma femenina pura, helénica, sin artificio y, para el que sabe mirar, sin impudor. La serpentina es la danza de la mujer por la mujer misma, y Loïe Fuller tiene la inmortalidad más asegurada que Carnot. Si no me engaño no ha de faltar un Taine, que la coja como dato importante para caracterizar un período histórico de Francia. Leyendo esa historia de la literatura alemana te extraña la pobreza de sus primeros períodos; esto se nota en todas las literaturas del Norte, excluyendo, hasta cierto punto la inglesa, que merced al elemento normando francés recibió una levadura latina suficiente para que fermentara el espíritu nacional. Respecto de la literatura de los Países Bajos, ya te dije que había empezado á estudiarla, y préviamente dejé la empresa, no por falta de ánimo, sino por falta de asunto. He hojeado unas enormes memorias (siete grandes infolios) y una obra en tres volúmenes titulada «*Horae Belgicae*», y en ambas he encontrado de todo menos verdadero arte. La erudición llega á un punto envidiable y produce la gran figura de Erasmo y las ciencias de aplicación adquieren en Holanda, cuando florece la Universidad de Leiden, un extraordinario desarrollo; si bien en estos mismos puntos hay que reconocer que, los principales hombres que representan el movimiento, son extranjeros atraídos por el gobierno republicano, fundado sobre las ruinas de nuestra dominación. Pero en toda la literatura no se encuentra apenas

un artista. En el siglo de oro solo hay un poeta familiar, una especie de Teniers de la pluma, Cats, cultivador de la poesía del hogar, que es la que por aquí priva. En toda la época moderna sólo *descuella* como novelista popular Henri Conscience. Lo demás es imitado de Francia, ó tan vulgar, que no merece la pena de ser leído. En el tiempo en que otros países sostenían una brillante literatura, aquí se consagraban á las manufacturas de tejidos y á buscar *debouchés* á su industria; y aun la gran escuela de pintura sabido es que tiene su origen en Italia, á donde iban á estudiar los artistas flamencos, aunque luego se nacionalizara y tomara otro rumbo, especialmente en Holanda con Rembrandt. Aun para este rumbo más nacional ejerció influencia la escuela de Colonia, de donde era natural el mismo Rubens. En el fondo, estas razas tienen tan poco calor, que sin estímulo poco ó nada harían en el terreno del arte; sólo cuando la gente del Sur ha martilleado fuertemente, se encuentran con fuerzas para transformar lo conocido, y ofrecer, aunque tardamente, obras de arte de aparente originalidad. Y quién sabe si en algunos casos habrá no sólo influencia de raza, sino algo más; pues no se acostumbra á sacar la filiación de los artistas y aun sacándola no hay que fiarse mucho, pues la génesis es cuestión misteriosa y complicada.

Ya que la lectura de la obra de Heinrich te inspira el deseo de aprender alemán, no debes dejarlo de la mano y empezar seriamente la tarea; pero

debo advertirte que la lectura del alemán con traducción engaña mucho; en cuanto te quedes con una página de alemán cerrado, no das un paso ni con ayuda de cien diccionarios. La dificultad está, no tanto en la enrevesada construcción, como en la abundancia de partículas análogas y la complicada formación de los verbos, sobre todo cuando son compuestos de partícula separable. Posible es todo con buena voluntad, pero el aprender el alemán como tu dices, es difícilísimo. Yo estoy ahora traduciendo la obra que te dije, y aunque á la simple lectura me enteré de todo, al traducir ahora punto por punto, tardo cerca de media hora por página. Esto hasta acostumbrarse al estilo del autor, pero cuando pasas á otro autor hay que empezar de nuevo, porque el alemán se presta mucho al estilo personal. Hay pues que tener gramática y estudiar las declinaciones, conjugación, verbos irregulares y partículas y, con este lastre ya puedes lanzarte á traducir. Para empezar, Lessing es de los más adecuados.

Mientras tú tienes esos planes, yo tengo los de aprender inglés (ya creo que te lo dije) y probablemente empezaré el mes próximo, con un señor muy práctico que enseña por el método natural y bocal, y lleva una peseta por hora, como los simones en España. A razón de tres horas semanales, veremos el tiempo que tardo en aprenderlo. En cuanto al piano, lo dejé hace un mes para tomar otro que era casi igual y me costaba sólo ocho pe-

setas mensuales, en atención á que era parroquiano seguro, pero todavía no me lo han traído ni yo tengo prisa, porque ahora el tiempo convida á estar en la calle. Además, como tengo más conocimiento con los capitanes, casi todas las semanas tengo una ó dos comidas á bordo y otros tantos días perdidos desde las cuatro hasta la hora de dormir. Las mañanas, desde las siete ó las ocho, las dedico á leer, unas veces en casa, otras en el Parque, los libros que saco de la Biblioteca. Todo lo cual no quiere decir que abandone el piano, pues más pronto ó más tarde lo continuaré. En algunas cosas lo que me sujeta no es la falta de tiempo ni de voluntad, sino la escasez de fondos. Ahora no hay medio de pedir á casa (ni aunque lo hubiera lo emplearía), y tengo que vivir sobre mí mismo; de suerte, que si un mes se estira uno demasiado, el siguiente hay que encogerse en igual proporción, porque no quiero deudas. Dicho esto, y sabiendo tú que no tengo más que 11 ó 12 francos diarios y la facilidad con que se van, sin saber por donde, comprenderás que haya que andar con tacto, hasta que suene la hora dichosa en que se pueda caminar sin estas trabas. Aunque yo temo que no va á llegar nunca, porque el mal no está en la escasez del dinero, sino en mi falta de capacidad financiera, y aun teniendo triple sueldo, andaría mal y quizás peor.

Anoche pusieron en el Royal *Lisistrata*, una comedia, mitad traducida, mitad imitada de la de

*Al myra*

Aristófanes, estrenada hace poco en París. Los parisienses creen que están ya tan á punto de caramelo en asuntos de *esprit*, que representan una segunda edición de Atenas y que pueden reproducir todo el teatro griego, sin cambiar gran cosa y sin temor de chocar con el público. Así, pues, no tardarán en traducir y representar todos los dramáticos griegos y se quedarán tan frescos. Tratándose de un tema tan á la moda como las huelgas, nada más acertado que presentar la huelga de mujeres, que constituye el asunto de *Lysistrata*. Y una de dos: ó la obra está muy echada á perder, ó Aristófanes no es tan fiero como lo pintan. No hay comedia, sino una serie de cuadros ó una ristra de sátiras mal intencionadas. Los críticos de París creo que han venido ahora á caer en la cuenta de que Aristófanes es una especie de Rochefort, un pamphletista aristocrático, irritado contra la democracia gobernante. Aquí, el crítico más escuchado, el del *Précurseur*, compara á Aristófanes con Aurelien Scholl. En cuanto al público nada hay que decir, pues no le hubo. Otra comedia anunciada es la de Maeterlink «Pelléas et Mélisande», que se presentó como fruto simbólico de la estación y que ha chocado mucho en París. Fuera de esto, no hay nada de particular, pues sólo quedan abiertos é invadidos por las *serpentina*s los teatrillos veraniegos *ad usum vulpecularum*.

He estado en Bruselas buscando cuarto, y es fácil que cuando mejore de fondos tome uno y

---

me traslade interinamente, porque esto está agotado del todo. Mientras tanto, queda el recurso de tomar por tres francos 70, un billete de ida y vuelta, y regresar en el tren de la una, á dormir á casa.

#### IV

14 Junio 1893.

Me encuentro sometido á una laxitud tal, que apenas puedo tirar de la pluma. Después de algunos días de fresco relativo se nos ha descolgado un calorazo irresistible que parece preludio de tormenta, segun el trastorno nervioso que siento desde esta mañana. Bien que me dí un buen hartazgo de andar bajo los ardores del sol y sin otra defensa que mi bastón, con el objeto de desechar los últimos resíduos de un catarro que me ha tenido un par de semanas en un verdadero valle de lágrimas. He comprado los avíos indispensables para empezar á ronchar el inglés á solas, y con este motivo he visto si en los baratillos había libros utilizables. Ni de alemán ni de inglés se encuentran más que libros de gramática y de comercio; nada que huelga á arte ni á diez leguas. De alemán sólo había una historia que por el tamaño me pareció muy mala. Esto no tiene nada de particular, pues en la Biblio-

teca tampoco hay casi nada. Después de leer la Historia de la literatura inglesa, de Taine, deseé comprobar algunas impresiones leyendo algunos autores en francés, pero los pocos que hay están traducidos en flamenco. En relación es mucho más lo que hay de alemán que de inglés. De Sainte Beuve no tienen noticia estos bibliotecarios, pues hace tiempo que pregunté, con objeto de leer la colección de *Causeries*, que había empezado en Madrid, y se extrañaron hasta del nombre. Aquí ya te he dicho repetidamente que se confía mucho en el patriotismo y quieren llenar la Biblioteca con libros de gorra. Sistema funestísimo, pues ningún genio tiene la genialidad de repartir sus libros gratis; al contrario, es un signo del genio exigir por su obra algunos cuartos, aunque sean pocos. Yo tengo el principio práctico de no leer obras que llevan asterisco ú otra indicación de haber sido donadas por sus autores. Aquí priva el asterisco. En estas circunstancias, he tomado el partido de continuar indefinidamente la lectura de libros de viajes por África, que es el continente que me simpatiza más.

Me parece algo caprichoso lo que dices de mi retrato, exceptuando lo de las barbas que, en efecto, me recorté á poco de retratarme, no habiéndolo hecho antes porque quería que el retrato fuese de invierno; la moda aquí es ahora la barba, muy recortada en pico, y se concede una gran importancia al arreglo de ella. No hace mucho el citado joven Oscar me dijo con muchos rodeos y precau-

ciones (y no era la primera vez), que parecía raro que yo no concediese al ramo de barberos toda la importancia que es necesaria, pues me exponía acaso á las iras de la crítica. Entonces realmente me fijé y vi que no se encuentra una persona que lleve la barba recia y redonda, que después de todo es contraria á la estética flamenca, cuyo tipo ó figurín es Van Dyck ó Teniers. Quizás sea esto lo único que conservan del siglo clásico. Este joven Oscar, que se cuida de tales cosas, está perdidamente enamorado de una modistilla que no vale un pito, y á la que cree una virtud ejemplar. Pero con todo el dolor de su corazón ha tenido que romper, por lo menos aparentemente, temiendo que el cónsul escribiera á su papá, D. Tiburcio, que no sé si será tan feroz como el hombre lo pinta. Este Oscar y otro no menos tipo, Máximo Z\*\*\*, que se da tono de *dandy* y es corresponsal de *La Epoca*, y que está empleado como el otro en su *bureau* comercial, son los representantes españoles en Amberes, ó por lo menos los que se dan tono de tales, sin beneficio por parte de España. En cambio hay dos españoles que son belgas por prescripción, y que, sin embargo, presentan rasgos más típicos. Ya te cité á un navarro llamado Valle, que era profesor de este Instituto superior de Comercio, y me parece que no te he hablado, aunque te lo ofrecí, del más importante, un héroe de Pérez Galdós, que pudiera hacer *pendant* con el padre de las señoritas de *Miau*. Este tipo está caracterizado por su solo nombre,

pues se llama (no en la imaginación de nadie, sino en el Registro civil ó eclesiástico puede verse) don Plácido Espantoso. Es efectivamente un hombre plácido, pero que espanta por sus grandes rarezas. Ha sido armador y ha iniciado grandes filones que á él le han hecho perder y á otros enriquecerse, y hoy está casi tronado y menospreciado por su familia, que es flamenca, pues cometió el disparate de casarse aquí. Su manía es vivir pegado á los barcos españoles, oliéndolo todo y sin aceptar nunca nada de nadie. Su única función es firmar como testigo eterno en todos los documentos consulares en compañía de los capitanes que están de turno. Es el único medio de reunir dos firmas de españoles, mayores de edad, etc. Ahora mismo empieza á caer una horrible tormenta y empiezo yo á sentir algún alivio en la cabeza, que me cruje de puro gusto.

Una novedad es que ahora tengo á pasto buen vino español, y no caro, para alternar con la cerveza que á la larga yo creo que debe de aguachar el organismo por muy fuerte que sea. Lo tomo á un tabernero de Rentería ó de Mundaca que acaba de establecerse aquí, procedente ó expulsado de Liverpool. Este tabernero (el marqués) tiene una cuñada bilbaína muy guapilla, á la cual le ocurrió hace poco un lance muy bueno. Se vino aquí escapada de su casa para casarse con un caballereite, que le ofreció venir detrás de ella cuando los papeles estuvieran en regla para volver en seguida á

Bilbao. Los papeles no pudieron arreglarse por culpa mía, pues realmente no estaban corrientes, y en caso de faltar á la ley yo faltaría, naturalmente, para descasar á todo el mundo, no para casar á ningún prójimo. En esto del matrimonio, cada día tengo mi criterio más *arreté*, y lo estimo más como una de las últimas bajezas que puede cometer el hombre por someterse al brutal instinto de la especie, al «*crescite et multiplicamini*». En todos los pueblos que obran con algún sentido de la naturaleza es cosa extraña la monogamia; existe el comunismo absoluto, cuando los pueblos son pequeños y forman unidad política; la poligamia, cuando las tribus ó pueblos son fuertes ó ricos y pueden conquistar ó comprar mujeres, á las cuales se obligan á mantener, ó cuando hay un gran excedente femenino, y el mejor acomodado se encarga de sostener y cubrir... las atenciones de ese excedente para que la sociedad no salga perdiendo; la polian-dria, en los pueblos agrícolas, expuestos á que les conquisten las mujeres, y obligados, cuando esto ocurre, á afiliarse por turnos á cualquiera de las que quedan. Esto es, sobre todo, admirable, pues el hombre satisface su necesidad y aún tiene facultad de elegir, y, en cambio, sólo está obligado á la manutención el día de turno. Con la ventaja inapreciable de ser padre de todos los hijos de la tribu, sin serlo particularmente de ninguno. Sobre todos estos detalles caben discusiones, pero lo que es indiscutible es que cualquiera de estos modos de

satisfacer las exigencias de la especie, que nos obligan á hacer tan grandes majaderías, es superior á la monogamia, con la cual únicamente pueden existir y existen, al lado de las señoras encopetadas, que nos tratan, aunque seamos sus maridos, como á criados ó mozos de cuerda, las bandas cerradas é innumerables de prostitutas, y el cúmulo de incidencias que de éstas se deriva.

Pero recogíendome la cabeza, que es lo que parece que hoy funciona mal, ó tomando el hilo del razonamiento, la joven bilbaína, ó Eduarda X, se tuvo que volver con las manos vacías á Bilbao, quizás echándome maldiciones, y de seguro sin sospechar que mi criterio sobre su particular asunto obedecía á tan profundas razones como éstas que acabo de decirte y otras muchas que tú sabes y que no hay para qué repetir. De regreso en Bilbao, resultó que el futuro estaba tísico..., y la muchacha rompió las relaciones y se volvió con su hermana definitivamente. Lo notable es que esta chica, que viaja á la inglesa, sola por trenes y barcos, con rapidez no inferior á la de César ó Alejandro, es tan tonta como cualquier otra de su clase, de donde deduzco yo que lo mismo las inglesas y alemanas que las españolas y griegas podrán hacer ó imitar lo que les parezca; pero que en el fondo todas quedan *mujeres*, sin que las modificaciones exteriores en la manera de vivir influyan para nada en lo esencial. No vayas por todo esto á hacer alguna suposición caprichosa, pues aunque me han

invitado repetidas veces á que concurra en *petit comité* á casa de la chica, no he ido ni una vez, ni pienso ir, obedeciendo en esto á un criterio cerrado de castidad y de honestidad, que me favorece altamente, y que favorece más aún mis planes científicos y literarios, de los cuales algún día te hablaré.

Hoy he encontrado un Swift de la Biblioteca Marpon y Flammarion por 30 céntimos (mitad de precio). Si encontrara más compraría toda la colección; pero creo que en alemán é inglés no habrá ediciones tan baratas.

A pesar de los 37° á la sombra, no me conmueves, y me considero más infeliz que tú á los 27° que aquí disfrutamos, sin una pizca de aire. Estas bajas llanuras tienen el inconveniente de que cuando sopla el viento (que es cuando no debe soplar) se hiela uno y se le descompone la máquina nerviosa, y cuando no sopla (que es cuando hace más falta) se ahoga uno y se le descompone también la máquina. Faltan las montañas y hasta los chichones geológicos de menor cuantía, y con ellos los deliciosos términos medios que hacen por ahí más sufrideras las elevaciones y depresiones de temperatura.

Continúa la feria en todo su esplendor y continúan los organillos en todo su apogeo, y los ciudadanos comiendo patatas fritas con el mejor apetito. Yo he hecho algún gasto de ellas, alternando con el famoso *nougat*, de Montélimar, que se vende á precios módicos.

---

Una de las novedades de la feria ha sido la llegada al Palais Indien de tres compatriotas nuestros, un macho y dos hembras: él de Cádiz y ellas de Sevilla (Triana) y Zaragoza respectivamente. Personalmente no valen un pitó ni él ni ellas; pero él toca el pandero magistralmente y ellas bailan lo que pueden en el género flamenco (de España), adulterado por largas residencias en diversas localidades de Rusia, Austria y Alemania.